

De modo pues que el soldado desconocido, una vez comprobada su identidad, subió directamente al cielo.

El cielo no es, como pudiera creerse, un ámbito sin límites donde deambulan confundidas las almas de los justos. El cielo posee categorías muy precisas, originadas por la diversidad de méritos y causas que llevan hasta él. Existe así el cielo particular de los sentimentales, de los hombres de genio, de los hombres juiciosos, y de los mentecatos.

Hay muchos cielos más, tantos como son variadas las bondades del alma. Pero adonde fué el soldado desconocido, es al cielo de los héroes.

No es el cielo de los héroes el más poblado de todos los cielos, como bien se comprenderá; pero por razones obvias, los llamados a su seno representan en el cielo mismo una verdadera aristocracia, tal como la que sus cuerpos mortales representaron en la tierra un día. Y a ese cielo selecto entre todos, donde el más disimulado de sus habitantes encarna esa cosa formidable que se llama un héroe, —allá fué, con la velocidad de un rayo de luz, el soldado desconocido.

Dios mismo tiene debilidad por ese su cielo de élite, y sus miradas se detienen en él con más ternura y menos justicia de las suponibles. Pero el recién llegado no era un héroe transitorio, ocasional o discutible. Nada de esto: era, como ya lo hemos dicho, el soldado desconocido. Y el Señor, después de poner en conmoción el cielo entero con el hosanna de cánticos que anunciaban un grande y dichoso acontecimiento, hizo abrir las puertas celestiales cuan grandes eran, ante la persona del soldado desconocido.

El soldado desconocido —debemos advertirlo ahora— no parecía darse cuenta de lo que para él significaba aquel recibimiento triunfal. Tenía el aspecto modesto de un héroe, y la frente muy estrecha como los luchadores. Tal vez ni la inteligencia ni la claridad de espíritu adquirieron en él el enorme desarrollo de su heroísmo. Por esto acaso lanzaba miradas recelosas a todos lados, dando así la impresión de una humildad tan grande como pequeña era su cabeza.

El soldado desconocido franqueó pues las puertas del cielo y vió al Señor teniendo a sus costados, como una guardia de honor, a los héroes muertos. Y tras ellos vió hasta el infinito del cielo y sus blancas nubes, las almas de los justos nimbadas por el arco iris.

Esto es lo que vió el recién lle-

## Sinfonía heroica

(De *Atlántida*, Buenos Aires).

gado. Pero es indudable que el cielo y sus arcángeles miraban a su vez con asombro a aquel misterioso y poco aparente desconocido, que no cesaba de ojearlo todo con desconfianza. Comprendiéndolo así, el Señor serenó los ánimos.

—Hijo mío—exclamó tendiendo la diestra hacia el soldado oscuro.—Bendito seas, porque el Señor es contigo.

Y volviéndose a las almas:

—He aquí a vuestro hermano. Mucho ha sufrido, porque mucho amó. Acordaos siempre de su nombre: es el Soldado Desconocido.

Poco diríamos, observando que nadie comprendió en toda su extensión lo que Dios había querido decir. Pero quien acaso comprendió menos fué el propio héroe alabado, a juzgar por sus crecientes ojeadas de desconfianza.

Mas ya el Señor, rodeado de su selecta guardia, se dirigía al cielo particular de los héroes. E induciéndole con la mano a que entrara:

—Hijo mío—repitió al recién llegado,—he aquí tu morada. Y he aquí a tus hermanos de corazón, que ya te aman y te veneran.

Y a los héroes:

—Recíbidle con vosotros y amadle como él os ama ya, porque os repito que es digno de vuestra gloria. Y no olvidéis su sagrado nombre: es el Soldado Desconocido.

—Y dale con el soldado desconocido... —murmuró para sí el soldado, que no alcanzaba a comprender esa obstinación en no mencionar, como expreso, su verdadero nombre.

El Señor se había retirado. Solitarios o en grupo, los héroes vagaban sin prestar la menor atención al nuevo habitante, afectando con una naturalidad verdaderamente heroica no mirar, ni ver, ni siquiera darse cuenta de la presencia entre ellos del soldado desconocido.

Nosotros, desde este bajo mundo y cargados de prejuicios, apenas nos atreveríamos a disculpar aquella glacial indiferencia de los héroes. Pero si meditamos que el menos conocido de aquellos paseantes se llamaba Napoleón, y el más disimulado Alejandro, comprenderemos el helado orgullo de aquellos héroes ante la torpeza y actitud soslayada del intruso.

El soldado desconocido iba despacio de aquí para allá sin buscar contacto con sus hermanos, y apartándose con presteza del paso de los héroes. Volvíase a veces y los seguía con los ojos, concluyendo siem-

pre con el mismo sacudimiento de cabeza y la misma pregunta:

—Daría mi encendedor por saber qué tipos son éstos...

Del otro lado de la avenida, los héroes se volvían a su vez para mirarle, y su expresión inicial de asombro concluía siempre con una sonrisa sarcástica y convulsiva.

Pasaron así unos días, hasta que la altivez herida desbordó por fin de boca de los héroes.

—¡Señor!—expuso uno de ellos ante Dios, cuando todos los héroes y el soldado desconocido estuvieron en su presencia.—¡Señor! No estamos contentos. Nuestro mutuo amor ha fenecido. Nos reconocemos culpables ante ti, Señor. ¡Castíganos!

Y el héroe dejó caer la cabeza sobre el pecho. Dios lo contempló un instante.

—¡Tú, culpable, hijo mío...! — Bien por ti. ¿Pero tus hermanos?

La alta mirada de Dios paseó en vano por el grupo de los héroes: todos habían bajado también la cabeza.

—Habla, hijo mío—reanudó el Señor.—¿De qué te acusas?

—De orgullo.

—¿Y tus hermanos?

—De lo mismo.

—¿Dónde ves la culpa?

—En ése... —señaló el héroe con el mentón hacia el soldado desconocido.—No podemos amarlo...

El Señor sonrió levemente observando al soldado, que se mantenía inmóvil, los pies juntos, sin otra vida que el campesino recelo de sus ojos ante aquel segundo tribunal.

—No tiene ciertamente aspecto heroico...—murmuró Dios para consigo mismo.

Pero a pesar de ello el héroe oyó la voz del Señor. E irguiéndose:

—Señor, no es por eso! ¡Ni yo ni mis hermanos hemos supuesto nunca afrentar a... ése, por su vestimenta! ¡Es por nosotros mismos, Señor! ¡El nombre del más oscuro de entre nosotros hace vibrar todavía el alma de los hombres, Y ése que nos diste a amar como un hermano predilecto, ése... es un desconocido!

El soldado aludido no comprendió tampoco esta vez de qué se trataba, bien que el altivo gesto del héroe hacia su persona, no le presagiara nada bueno de todo aquello. Y se consoló con remover las mandíbulas, mascando entre dientes un ilusorio tabaco.

Pero Dios acababa de extender la diestra hacia el ámbito celestial, y en un segundo se hicieron visibles las almas de los elegidos. Y dirigiéndose al héroe que proseguía pálido de orgullo, ante la omnipresencia de sí mismo y del cielo entero, la voz del Señor habló así: